

gría.—La Virgen es propicia á mi ardiente deseo de morir en la Ciudad Santa.

Inmediatamente entró en una de las *locandas* ó casas para forasteros, llamó á un criado, á quien preguntó por el pintor.

—Está en Roma, y sé donde vive—contestó aquél.

Entonces el joven escribió algunas líneas, que firmó con el nombre de Luis, y rogó al camarero que entregase el papel al pintor.

Ya era enteramente de noche.

Fijó en la pared el lienzo que representaba á la Virgen, y puso dos velas delante, sobre una mesa.

Después se recostó en el lecho y esperó la llegada del artista.

Se oía en la estancia un leve murmullo semejante al suave aleteo de un pájaro que aprende á volar.

Era que el enfermo dirigía sus plegarias á la Virgen.

De pronto se abrió la puerta y apareció el pintor, oyéndose casi simultáneamente estas dos exclamaciones:

—¡Luis!

—¡Andrés!

Ambos jóvenes se abrazaron.

—¿Pero es verdad que te mueres?—preguntó el

segundo, que en aquel instante no se acordaba del principio de la disputa con Laura.

—¡Sí, amigo mío!—contestó Luis con voz débil.—Mi última hora se acerca.

—Eso lo has creído más de una vez.

—Es que ahora tengo una señal infalible... un aviso del cielo...

—¿Persistes en tu misticismo como siempre?

—¡No te burles, Andrés!

—¡Libreme Dios de burlarme de tus creencias, que son las mías... aunque no tan exageradas!

—La enfermedad que contraje en el seno de mi madre y que me obligó á partir de España á Grecia en busca de un clima más benigno, es la que me conduce al sepulcro, habiéndose agravado con un temporal que hemos corrido en alta mar.

—¿A pesar de tu dinero no has encontrado un doctor que te vendiera la salud á precio de oro?

—Cuando la muerte viene de veras, no hay médico ni fortuna de emperador que contrarreste su poder. Pero mi vida va á concluir muy pronto; hablemos primero de asuntos terrenales.

—Sí, habla, y veamos en qué puedo servirte; á la verdad que no pensé encontrarte en tan deplorable estado.

—No lo creas; es mejor que el tuyo. Voy á morir, y ya sabes que esta es la única aspiración que he tenido mientras arrastraba por la tierra una existencia enfermiza y doliente.

—¡Pobre Luis!...

—No me compadezcas. En fin, prosigo.

Unidos desde el principio de nuestra juventud con los fuertes lazos de la amistad, á la cual ninguno de ambos ha hecho traición, y careciendo de familia, ninguno más digno que tú de ser mi heredero.

En esa arquita que ves aquí á mi derecha guardo el metálico y alhajas que poseo, con más las escrituras de dos casas que tengo en Sevilla.

Tuyo es todo.

Disfrútalo en mi nombre en compañía de tu mujer, á quien amo como á ti, aun cuando no la conozco.

—Ella es más feliz que tú—interrumpió Andrés—la he hablado de ti mil veces, la he hecho tu retrato físico y moral, de manera que te conoce.

—Pues bien; deseo que viva feliz á tu lado, y si mis riquezas pueden proporcionaros horas de dicha, ¡benditas sean mis riquezas!

—Te llevas la principal, la que no puedes dejarme ni yo obtener, que es tu alma.

Y al pronunciar estas palabras Andrés lloraba sinceramente.

—Ya te he dicho—prosiguió el enfermo—que no soy digno de compasión. Ahora vamos á otra cosa. ¿Te acuerdas de esa Virgen?

Y señaló á la que había en la pared, sobre la mesa.

—Sí, es un obsequio que te hizo un amigo, cuya vida fué breve para el arte. ¡Pobre Antonino!

—Pues bien, es una imagen milagrosa.

—¡Milagrosa!—exclamó Andrés con cierto espíritu de incredulidad.

—Tengo mil motivos para asegurártelo... y eso que no debe estar muy contenta de mí.

—¡De ti, que eres incapaz de cometer ni la más pequeña falta!...

—He cometido una muy grave, que espero que tú remedies.

—¿Con ella?

—Sí, con ella.

—Pues yo te prometo repararla si está en mi mano.

—En mi egoista devoción la he guardado siempre conmigo, privándola del culto que deben darla los demás y al que es muy acreedora.

—¿Y quieres que...?

—Subsanes esa falta después de mi muerte. Sí, Andrés, espero que procures por todos los medios posibles, y lo creo cosa fácil, exponerla en cualquiera de las iglesias de la ciudad, empezando tú mismo y tu esposa á fomentar la devoción que inspirará á todos cuantos se postren ante su imagen.

—Yo te lo prometo.

—No se trata de que lo prometas, sino de que lo jures... y que lo hagas.

—Pues bien—exclamó Andrés, extendiendo la mano derecha—yo te juro por la salud eterna de mi alma, que esa sagrada imagen ocupará un sitio privilegiado en cualquiera de las iglesias de Roma,

y que yo seré el primero en hacer lo que pueda por el esplendor de su culto.

—Confiado en tu juramento muero tranquilo.

Avisado por Andrés, se encargó un sacerdote de acompañar á aquella alma de un mártir en sus últimos momentos de peregrinación sobre la tierra.

Luis exhaló el último aliento al despuntar en el Oriente las primeras tintas de la aurora.

Su postrera mirada y sus postreras palabras fueron para la Virgen, de quien nunca se había separado en el tiempo que duró su juventud.

El pintor regó con sus lágrimas la mano de aquel amigo leal.

Y empezó á creer en los milagros de la Virgen, representada en aquel lienzo, pues se le figuró que sonreía al moribundo, que recogía su alma para presentarla ante el divino trono de su Hijo.

Cumplidos los deberes que reclamaba la amistad de tantos años, Andrés arrolló el lienzo, cogió el arca de madera que abrumaba con su peso y se dirigió adonde Laura le esperaba.

CAPITULO III

Sol que se eclipsa.



ERA la tarde del día siguiente al en que hemos dado comienzo á esta narración.

Andrés no había dado cuenta de su persona desde la noche anterior.

Esta circunstancia, la preocupación de su marido y aquella carta que le sacó de casa, hicieron que Laura le esperase con cuidado.

A pesar de sus defectos ó vicios, pues no sabía cómo calificar lo que el príncipe dijera, amaba á su marido.

¿No podían también calumniarle?

¡Ah, no!

¿Dónde iba á parar aquel raudal de oro que brotaba de su pincel?

Fuera lo que quisiera, le amaba.

Así es que se arrojó á su cuello cuando le vió llegar.

Luégo, reparando en sus ojos enrojecidos por las lágrimas, exclamó:

—¡Tú has llorado, Andrés!

—Sí, no lo niego...

—¿Y qué causa motiva tu llanto?

—Una que le hace muy sagrado: aquel aviso que recibí anoche era de mi amigo Luis...

—¿Pues no me dijiste que estaba en Creta?

—Acababa de llegar á Roma para espirar en mis brazos.

—¿Ha muerto?

—Sí.

—¡Dios mío!... ¡Pobre joven!

—Víctima de la enfermedad que ha minado su existencia desde la cuna.

—¡Comprendo ahora tu dolor!

—Ahí en esa caja está toda su fortuna, que nos lega.

—¡Oh, lástima es que con ella no haya recobrado la salud!

—Estaba herido de muerte.

—¡Y tan joven!...

—Su disposición testamentaria, su último favor, viene á evitar nuestra ruina.

—¡Nuestra ruina!—exclamó Laura acordándose de las palabras del príncipe.

—¡Sí, Laura, he sido un insensato!

—¡Ah!... ¿Conque es cierto que jugabas?

—¡Tú lo sabías, y no me has dirigido el menor reproche!...

—¿Es posible, Andrés, que me tengas y te tengas en tan poco?

—¡Aun no sabes toda la enormidad de mi falta!

—Pues qué, ¿aun hay más que ser jugador?

—No; tranquilízate. Dentro de cuatro días debíamos abandonar esta casa, que es lo único que me resta de cuanto he ganado con mi trabajo.

—¡Qué dices!

—¡Ayer la jugué... y la perdí!

—¡Dios mío, qué horror!

Y Laura se cubrió el rostro con las manos.

—Disponía de cuatro días para presentar la suma porque la arriesgué...

—¿Y pasado ese plazo...?

—Nos hubieran expulsado de aquí.

—¡Por eso me hablabas anoche del viaje á Velletri!

—Quería evitar que presenciaras la catástrofe.

—¿Qué hubiera sido de nosotros entonces?

—Pero hoy, la muerte de nuestro amigo viene á salvarme del abismo adonde corría ciego, arrastrándote en mi locura.

—¿Ves, esposo mío, adónde conducen los desórdenes? ¿Ves cómo se lloran con lágrimas de sangre cuando ya no pueden evitarse? ¿Qué hubieran dicho en la ciudad, donde todos te conocen, al ver que perdías lo único que te resta? A pesar de tu genio, ¿quién hubiera comprado la inspiración de

un artista que empieza despreciándose á sí mismo?

—¡Calla, Laura; tus palabras me parten el corazón!

—Afortunadamente aun es tiempo—dijo la joven señalando á la arquilla.

—Sí, la muerte de Luis me regenera.

—Ve y paga cuanto antes esa cantidad... porque mientras no des el dinero me parece que esta casa no es mía y que alguno tiene derecho á arrojarme de ella.

Por fortuna todo se arregló.

Andrés pareció regenerarse efectivamente.

—Trabajaba mucho y, lo que era mejor, cobraba.

Sin duda habían desaparecido de Roma los tramposos.

Esto, unido á la herencia de Luis, hacía que empezase á abundar la holgura donde antes había abundado la estrechez.

Pero aun faltaba algo por hacer.

Andrés había empeñado una palabra á un moribundo y no la cumplía.

Nos referimos á la Virgen del Perpetuo Socorro, que yacía arrinconada en el estudio del pintor.

Laura, que conocía la historia de aquella promesa, no cesaba de recordársela á su marido, que se encogía de hombros, aplazándola formalmente para *mañana*.

Siempre es *mañana* para el que no tiene voluntad ó memoria de que sea *hoy*.

La conducta de Andrés para con la memoria de su amigo era incalificable.

Sabía cuál fué el último deseo del moribundo, y no se apresuraba á cumplirle, costándole tan poco trabajo.

No se hubiera portado así Luis con él.

Laura, para obligarle, le decía:

—He oído decir que el alma de un muerto vaga errante por el espacio mientras no se cumpla su última voluntad.

—¡Mañana!—contestaba Andrés invariablemente.

Pero pasaban las semanas y los meses, y la imagen seguía arrinconada en su estudio.

Una vez le dijo Laura:

—Sabe que esta noche se me ha aparecido la Virgen conminándote con los más terribles castigos si no cumples la voluntad del difunto Luis.

El pintor se encogió de hombros, tomando aquello por una ficción piadosa de su mujer.

—¡Mañana!—contestó como siempre.

Segunda vez tuvo lugar la aparición y segunda vez pronunció Andrés su inolvidable, aunque olvidado *¡mañana!*

En suma, la tercera vez dijo la imagen á Laura:

—Para que pueda yo salir de tu casa será preciso que salga tu marido primero.

El pintor volvió á encogerse de hombros.

Y entre tanto la Virgen seguía arrinconada en su estudio.

Pero un día...

¡Ya fué tarde para el *mañana* sempiterno!

Entró en su casa, y al sentarse en una silla quedó muerto de repente.

Laura lanzó un grito de horror al tocar la frialdad de sus manos.

Pero creyó que aquello era obra de un accidente casual.

No era la primera persona que moría de aquel modo.

Pasado el novenario, salió un día á la iglesia, envuelta en negras tocas, para pedir á Dios por el alma de su marido.

Al regresar á su casa vió á una hermosa niña de pocos años que estaba sentada en el umbral.

—¿Qué haces ahí, hija mía?—la preguntó con tierno acento.

La niña, fijándose en ella, exclamó:

—¡Ah! ¿Eres tú? Te esperaba.

—¿Para qué?

—Acabo de ver á una gran señora, de resplandeciente hermosura, la cual me ha dicho:—«Ve luégo en busca de Laura, la viuda del pintor, y hazla presente que Nuestra Señora del Perpetuo Socorro quiere estar expuesta á la veneración de los fieles en una iglesia de Roma.»

Entonces Laura, pensando en su marido, se estremeció.

Ya no podía dudar de que aquella muerte repentina fué ocasionada por su desobediencia á la Virgen.

Y no queriendo correr la misma fatal suerte, se decidió por último á cumplir la voluntad divina.

Entonces la asaltó una duda.

En Roma hay trescientas iglesias ¿á cuál de ellas debía entregar la imagen?

La Virgen, viéndola en tan buenas disposiciones, se la apareció otra noche diciéndola:

—«Quiero ser colocada entre mi querida iglesia de Santa María la Mayor y la de San Juan de Letrán.»

En aquel espacio existía la iglesia de San Mateo, ocupada por los padres agustinos.

Laura ya no podía dudar, puesto que la Virgen había expresado su voluntad bien claramente.

Por la mañana tomó el lienzo y, dirigiéndose á aquella iglesia, le entregó al prior de la comunidad.

Pero antes de que ocupase el santuario que había elegido, fué paseada procesionalmente por las calles de Roma, para que sus habitantes conocieran bajo una nueva advocación á su santísima protectora.

Ya en aquella carrera triunfal se verificó un milagro, precursor de los que habían de tener lugar con el tiempo.

Laura vendió á buen precio los lienzos y bocetos de su marido, lo mismo que las casas de Sevilla que Luis le dejó, y, distribuyendo el dinero entre los pobres, se quedó con una corta pensión para mantenerse, dedicándose con fervor al servicio de María, hasta su muerte, que tuvo lugar en Roma algunos años después, alcanzando la gloria de haber sido la primera en dar á conocer aquella sagrada imagen.

A fines del siglo XVIII los ejércitos franceses invadieron la ciudad de los papas.

Tomando como pretexto una operación estratégica resolvieron demoler la iglesia de los Agustinos.

Por disposición del pontífice Pío VII fueron trasladados al templo de Santa María-in-Portérula.

Como era de esperar, por el crédito que gozaba, los religiosos llevaron en su compañía la milagrosa imagen, á quien ya miraba Roma como su patrona.

Pero ya no les fué posible hacerla adorar públicamente, y su culto llegó á olvidarse, borrándose su recuerdo de la memoria de las gentes.

La humanidad es de suyo olvidadiza para los favores que recibe.

En cambio siempre se acuerda de las ofensas y, si puede, las vengas.

CAPITULO IV

¡Resurrexit!...



OR el año de 1840 aun existía en el citado convento de Santa María-in-Portérula un venerable anciano, que perteneció á la suprimida Orden de San Agustín.

Algún viajero que visitase á Roma por esa época debe recordar aún á fray Agustín Orsetti, pues su simpática figura era de las que más impresas se quedan en la mente, de esas que se agarran al pensamiento para no desprenderse jamás de las telas del recuerdo.

Era lego y había hecho su profesión en el convento de San Mateo, donde primeramente se veneró la efigie á quien venimos haciendo relación.

El culto tributado á la imagen nunca se desprendió de su alma.

Habiendo muerto los demás individuos de la Orden era el único depositario de él.

Tal vez no falte entre nuestros lectores alguno que haya tenido la dicha de ver el entusiasmo con que refería los milagros de aquella imagen y la solemnidad del culto que se la tributaba en justo agradecimiento de los favores que distribuía entre sus devotos.

Lágrimas de reconocimiento y de dolor rodaban por sus arrugadas mejillas cuando estos recuerdos surgían en su mente, cuando sus labios pronunciaban el sagrado nombre de la Señora que remozaba sus ya caducos años.

El padre Orsetti era feliz en tales momentos, que llamaba él «la aurora de sus días buenos.»

Acompañábale en sus paseos por aquellas risueñas cercanías un joven que prestaba siempre atención á sus palabras, como si esperase de ellas algún consejo, algún ejemplo que pudiera utilizar en la práctica de la vida.

Llamábase Miguel Marchi.

Tenía aficiones contemplativas.

Bastaba verle una vez para adivinar que sería monje ó sacerdote.

Sacerdote más bien, porque los monjes han caído en desuso.

Hoy no es posible la vida monástica como la conocieron nuestros abuelos.

Antes el monje levantaba ante el mundo y el claustro la muralla de la China.

Pero la muralla ha ido desapareciendo poco á poco, y el claustro y el mundo se tienden mutuas miradas.

El mundo para adivinar el ayer, el claustro para leer los secretos de hoy.

Cuando el tiempo no permitía aquellos paseos por el campo, el lego y el joven recorrían las dependencias del convento.

Allí se encerraban los recuerdos de Orsetti.

No en vano el hombre entierra su juventud; en cualquier parte que sea lee sus secretos en la fosa, y el hombre, monje ó soldado, ángel ó demonio, se pregunta con extrañeza:

—¿Y aquél es hoy lo que hoy es quien era aquél?

En una de aquellas tardes en que el rigor del tiempo no permitió á los dos amigos dar su cotidiano paseo, después de recorrer el convento, vinieron á descansar á la capilla.

Marchi había notado ya otras veces que su amigo, el lego, quedaba en contemplación de las pinturas que allí había, como si le absorbiese, sacándole momentáneamente de este mundo.

Mil veces estuvo á punto de preguntarle la causa, pero nunca se atrevió, temiendo que encerrase algún misterio que él no debiese penetrar.

Como si quisiera premiar su delicadeza y su prudencia, aquella tarde le dijo el anciano lego:

—¿Qué te parece ese cuadro, Miguel?

—Me gusta y, como usted, no es la primera vez que me detengo á contemplarle; no entiendo ni una palabra de dibujo ni de colorido, sin embargo, creo que el que ha hecho eso se ha inspirado en el cielo; monje ó artista, ha sobornado á Dios con su genio ó con sus oraciones.

—En efecto, es imposible hallar una pintura más perfecta... á menos que yo la mire bajo el doble prisma de la devoción y del cariño.

—¿Conocéis la imagen?

—¡Y tanto como la conozco! Ese lienzo ha obtenido por lo que representa la adoración de los habitantes de Roma.

—¡Es posible!... ¡Y hoy yace aquí olvidado y cubierto de polvo!

—¡Eso te dará idea de lo que es la ingratitud humana! Hubo un tiempo, no muy lejano, en el que la Virgen del Perpetuo Socorro era muy venerada en la iglesia de San Mateo, cuna religiosa de mi segunda naturaleza. Se la pedían milagros y los hacía; era la piscina probática donde encontraban la salud muchos paralíticos y muchos leprosos. Roma se ponía bajo su amparo en las grandes calamidades que han estallado sobre ella, y no recurrió ni una vez á la santa imagen que no se levantase consolada. Hoy, ya lo ves, el polvo y el olvido cubren este lienzo con una doble gasa; desapareció de la vista del pueblo, y el pueblo no viene, como debía, á buscarla.

—¡Terrible lección para los hombres!

—¡Que no aprovecharán nunca!

—Tenéis razón, padre Orsetti.

Muchas veces se renovó la misma conversación entre los dos; el anciano parecía querer inculcar al joven los sentimientos de que estaba poseído hacia la imagen, la devoción que ésta le inspiraba.

En los dos últimos años de su vida cegó el padre Orsetti, como Zacarías.

Marchi le guiaba adonde era su gusto.

Parecía que el uno al otro se completaban.

Esto hizo más estrechos los lazos de amistad que unían á aquellos dos corazones.

Muchas veces el padre Orsetti no quería salir de su celda.

—¿Por qué?—preguntaba Marchi.

—Porque te fastidio, lo conozco; las ramas que retoñan del tronco carcomido buscan en otra parte la savia que necesitan.

—¡Fastidiarme vos!

Y el joven hacía esfuerzos supremos para obligar al lego á que abandonase la pereza ó los miramientos.

Siempre concluían su paseo pasando por la capilla; Marchi sabía que esto le remozaba, y decía entonces:

—Ya estamos enfrente del cuadro que representa á la Madre del Perpetuo Socorro.

—¡Lo conozco!—contestaba el lego.—Lo adivino por el regocijo que siente mi carazón... por

la alegría que invade mi espíritu; cuando nos acercamos á este sitio soy feliz.

—¡Dichosa vejez la vuestra que conserva recuerdos tan agradables!

—Oye, hijo mío: ya te he referido más de una vez la historia de esa imagen; no olvides que es la misma, tanto tiempo venerada en la iglesia de San Mateo. Insisto en esto, á riesgo de parecerte pesado, porque conviene que lo grabes en tu imaginación.

—¡Os juro que nunca lo olvidaré!

—¡Quién sabe si andando el tiempo...! ¡Cuántos milagros ha obrado esta santa imagen...! ¡Oh, era muy milagrosa!...

Miguel escuchaba, creyendo adivinar algún oculto sentido en las palabras del anciano, por más que no comprendía el por qué de su insistencia.

Ignoraba lo que el cielo tenía dispuesto en sus altos designios.

Fray Orsetti murió en 1852.

Vió acercarse con tranquilidad ese instante que es tan temible para las almas pecadoras.

La del anciano estaba inmaculada.

No había hecho en toda su vida más que rezar y emplearse en alabanzas de sus superiores.

Mientras conservó el uso de la palabra no hacía

más que decir á su amigo, que era el único que le asistía:

—Háblame de la Virgen del Perpetuo Socorro.

Cuando conoció que sus ideas iban á borrarse, y que la muda eternidad le abría sus puertas preparándose á cerrarlas para siempre, exclamó:

—No olvides... hijo mío, que es la de... la de la capilla del convento.

Estas fueron sus últimas palabras.

El alma voló al cielo.

Miguel le cerró los ojos con piadosa mano; estuvo toda la noche ante el cadáver recitando las oraciones de los muertos, y al día siguiente le dió tierra sagrada en el cementerio del convento, donde descansaban los despojos de los compañeros que le habían precedido en la gran jornada que no se recorre más que una vez.

Pasado algún tiempo llegó á su noticia que los reverendos padres del Santísimo Redentor, orden fundada por San Alfonso María Ligorio, habían comprado la Villa Casesta, sitio que ocupaba antes la iglesia de san Mateo, estableciendo en ella una de las casas de su congregación.

Suplicó y obtuvo que se le admitiera en ella, y tomó el hábito en el año 1855.

La Providencia velaba para conseguir sus fines, y á Miguel podía aplicársele este versículo del cántico de Zacarías:

E tu puer, propheta Altissimi vocaberis, præibis enim enim ante faciem Domini, parare vias ejus.

Tres ó cuatro años más tarde uno de los padres redentoristas, revolviendo en la biblioteca de la casa, descubrió, entre preciosos manuscritos, uno que se refería á la antigua iglesia de San Mateo.

Hojeándole con cuidado, vió que se extendía particularmente acerca de una imagen de María Santísima, célebre por los muchos milagros que obraba.

Refiriendo un día á los padres el contexto de su precioso hallazgo, reparó que uno de ellos le escuchaba con particular atención.

Era el padre Marchi, el leal amigo y confidente en otro tiempo del anciano fray Orsetti.

—¿Tiene su merced algún dato sobre lo que digo, que no conste en el pergamino á que hago referencia?—preguntó el primero.

—Si tal.

—¿Cómo?

—Un dato preciosísimo—contestó el padre Marchi, recordando la recomendación de su amigo.

—¿Que sin duda nos revelaréis para completar la relación?

—Tengo un gran placer en ello, cumpliendo así la voluntad de un religioso que ya no está en el mundo.

—¡Veamos!—exclamaron todos los presentes, prestando cierta atención.

El padre Marchi prosiguió diciendo:

—Esa imagen á que os referís, esa Virgen tan milagrosa, en efecto, existe aún.

—¿Que existe?

—Muchas veces la he visto... y sé dónde permanece olvidada y cubierta de polvo.

—¿Adónde?

—En la capilla de Santa María-in-Portérula.

Quedáronse los religiosos llenos de asombro, como si dudasen de lo que acababan de oír.

Entonces el padre Marchi refirió lo que sabía por oírsele repetir tantas veces á fray Orsetti.

Llenos de alegría oyeron los padres tan inesperada relación, tomándola por un sueño.

El mismo deseo estalló en todos los pechos, el de poseer aquella santa imagen, devolviéndola el culto de que había estado privada por espacio de tanto tiempo, remediando así una falta imperdonable.

Pero ¿con qué derecho podían reclamar aquella imagen que pertenecía á los agustinos, puesto que ocupaba la capilla de su convento?

Ninguno de ellos tenía noticia de una circunstancia de que podían echar mano con éxito.

La Virgen en otro tiempo había expresado muy claramente su voluntad de ser colocada en una iglesia que estuviese entre la de Santa María la Mayor y la de San Juan de Letrán.

Casesta estaba en este caso.

Ya hemos dicho que ocupaba el sitio donde los agustinos tenían su convento.

María hizo que fuese nuevamente revelada cuando era necesario.

Corría el mes de Febrero de 1863.

Un padre jesuíta ocupaba en Roma la cátedra de San Pedro.

El tema de su sermón era las glorias de María.

Al efecto escogió un asunto que se refiriese á la antigua y milagrosa imagen de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro.

Y entrando de lleno en el fondo de su plática, reveló la circunstancia que ignoraban los redentoristas y que les hacía dueños de la imagen en cuestión.

Y como inspirado por el divino espíritu, exclamó:

—¡Haga el Señor que haya alguno entre mis oyentes que conozca el sitio donde se halla escondida la sagrada imagen!

¡Dichoso aquel á quien Dios haya elegido para devolvérsela, si nos cree dignos de poseer ese tesoro, al que nuestros padres renunciaron!

La impresión que aquel discurso produjo en los padres redentoristas fué indescriptible.

Estaba resuelto el caso á su favor por circunstancias tan providenciales que señalaban á su convento como el santuario escogido por María.

Ellos iban á levantar de nuevo su culto, y esto encerraba tanta gloria ó más que el haberle creado.

Sin embargo, aun esperaron dos años para esclarecer el hecho.

Por último, el 11 de Diciembre de 1865, en una audiencia que les concedió el sumo pontífice Pío IX, obtuvieron la posesión de la santa imagen, y el 19 de Enero del año siguiente los padres agustinos hicieron la entrega como estaba mandado.

Después de un destierro de casi setenta años en que permaneció la imagen relegada al olvido, volvió á obtener la adoración del pueblo romano, que nunca será ingrato al bien que recibió aquel día.

Cupo á los venerables hijos del Santísimo Redentor ser los más celosos propagadores de las glorias y del culto de esta milagrosa imagen.

Desde entonces su devoción creció más y más en la Ciudad Santa.

Un año después el pontífice Pío IX hizo colocar sobre la cabeza de la Virgen una corona de oro, según se practica con las imágenes más veneradas.

CAPÍTULO V

Hechos milagrosos.



A crónica antigua, tanto como la moderna, guarda relación de los prodigios verificados por mediación de tan poderosa Señora.

Los pobres, los enfermos, los desgraciados de todas las clases sociales han acudido y acuden á su célebre santuario en demanda de salud y de consuelo.

Una mujer, que había vivido en la impiedad por espacio de muchos años, pasando un día por la iglesia de San Alfonso, en Roma, sintió una fuerza superior que la hizo penetrar en el templo y acercarse á un confesonario.

Preguntóla el sacerdote si estaba dispuesta á confesarse, y ella le contestó ingenuamente que estaba allí sin saber por qué.

Entonces aquél la aconsejó que se postrase ante la imagen del Perpetuo Socorro, dirigiéndola alguna súplica.

Hízolo así la mujer, exclamando:

—¿Cómo podré confesar mis feas é innumerables culpas?

La Virgen la asistió consolándola é inspirando en su mente pensamientos piadosos.

Hizo una confesión general de todos sus pecados, y, recibida la absolución, dispuesta á entregarse á una vida de penitencia, suplicó al confesor que publicase el milagro que en su obsequio había hecho la Virgen del Perpetuo Socorro.

Un soldado que se alistó en una de las últimas guerras que devastaron la Italia, llegó á Roma enfermo de tisis, sin permitir que en su presencia se hablase de confesión y de sacerdotes, por más que estaba en trance de muerte.

Sus amigos, movidos á piedad, invocaron para él la protección de la Virgen, y aun pusieron sobre las ropas del lecho una estampa que representaba á la Madre del Perpetuo Socorro y una medalla tocada á su efigie.

La cariñosa Madre se propuso salvar el alma de aquel hijo ingrato, y de tal modo movió su corazón cuando iba ya á morir, que espontáneamente solicitó los socorros espirituales, pidió á todos perdón de sus culpas y murió contrito y arrepentido.

No fué menos extraño y digno de estudiarse el caso siguiente:

Una muchacha joven y bonita, aunque de virtud un tanto dudosa, vivía libremente sin acercarse en muchos años al tribunal de la penitencia ni cumplir los demás deberes de cristiana.

El hecho de su conversión fué bien singular por cierto.

Frente á la casa que habitaba había un establecimiento litográfico, donde los padres redentoristas tiraban un número considerable de estampas que representaban á Nuestra Señora del Perpetuo Socorro.

Uno de los dependientes dió una estampa á una niña de aquella joven enferma, diciéndola que era una Virgen muy milagrosa.

Contenta la niña, se la enseñó á su madre, diciéndola lo que había oído poco antes al dependiente.

La enferma, ya moribunda, pidió á la niña la estampa, y tan luégo como la tocaron sus manos sintió en su pecho una emoción extraordinaria, pidiendo que avisaran á un confesor.

Su conversión fué completa y murió besando aquella estampa, á quien tanto tenía que agradecer.

Si recorremos el catálogo de los milagros de la santa imagen vemos hechos á cual más asombrosos, que prueban lo que vale y alcanza la fe.

Refiere el padre Etienne, sacerdote redentorista,